

TZVETAN TODOROV, *Los enemigos íntimos de la democracia*, trad. de Noemí Sobregués, Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, Barcelona, 2012. 206 páginas.

Durante los últimos años se han escrito numerosas obras sobre el fin, la crisis, el malestar o las dificultades de la democracia liberal. Entre ellas se encuentra *Los enemigos íntimos de la democracia*. Si se está dando un surgimiento de este tipo de estudios es porque la democracia, en efecto, debe tener problemas, como los que va a tratar Tzvetan Todorov. La cuestión es paradójica porque, a la vez, según señala el autor: “Hoy día ningún modelo de sociedad no democrática se presenta como rival de la democracia” (p. 9). La democracia tiene (¿es?) problemas y, sin embargo, no tiene competidor.

Para analizar en conjunto la situación esbozada, el premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales 2008 apela, en primer lugar, a su propia biografía. Nacido en 1939 en la Bulgaria comunista, sus vivencias personales le permiten inferir, pasados los años y analizada la decadencia de los totalitarismos (en los que, por supuesto, también incluye el nazismo y el fascismo), que si esos regímenes ya no son rival para la democracia, en el presente hay que buscar a sus “enemigos” en algún otro lugar. Así, nada más comenzar expone: “En un primer momento creía que la libertad era uno de los valores fundamentales de la democracia, pero con el tiempo me di cuenta de que determinados usos de la libertad pueden suponer un peligro para la democracia”; por lo que se pregunta: “¿Será un indicio el hecho de que las amenazas que pesan hoy en día sobre la democracia proceden no de fuera, de los que se

presentan abiertamente como sus enemigos, sino de dentro, de ideologías, movimientos y actuaciones que dicen defender sus valores? ¿O incluso un indicio de que los valores en cuestión no siempre son buenos?” (p. 7).

El estudio está escrito con el diáfano atractivo que propicia el acceso franco a toda la ciudadanía, sin por ello rebajar la precisión y el rigor conceptual propio de quien, entre otros méritos, dirige, desde 1987, el Centro —francés— de Investigaciones sobre las Artes y el Lenguaje del CNRS (Centro Nacional de la Recherche Scientifique). Casi siempre utiliza un lenguaje claro y sencillo, lo que también ha de reconocerse como mérito compartido con la traductora, recurriendo para ello a casos y explicaciones muy próximos. De esa manera, construye un ensayo de gran interés para quienes sentimos (¿todos los ciudadanos?) algún desasosiego, cuanto menos, por la imperante democracia que nos gobierna.

La novedad de nuestro tiempo, explica, es que las fuerzas internas que amenazan a la democracia son superiores a las que la atacan desde fuera. “Luchar contra ellas y neutralizarlas resulta mucho más difícil, puesto que también ellas reivindican el espíritu democrático, y por lo tanto parecen legítimas” (p. 10). En su análisis determina las características más sobresalientes de la democracia, insistiendo en los que llama “elementos constitutivos”: “el pueblo, la libertad y el progreso”. Y nos advierte: “Los peligros inherentes a la idea

de democracia proceden del hecho de aislar y favorecer uno de sus elementos. Lo que reúne estos diversos peligros es la presencia de cierta desmesura”, pues “si uno de ellos rompe su vínculo con los demás, escapa a todo intento de limitación y se erige en principio único, [y así] esos elementos se convierten en peligros: populismo, ultraliberalismo y mesianismo, los enemigos íntimos de la democracia” (p. 13).

Sobre la idea de desmesura gira gran parte de su interpretación. Para tratarla recupera la *hybris* que los antiguos consideraban el peor defecto de la acción humana, la voluntad ebria de sí misma, el orgullo de estar convencido de que todo es posible; cuando la virtud política por excelencia era exactamente su contrario: la moderación, la templanza. Así, “el primer enemigo de la democracia es la simplificación, que reduce lo plural a único y abre así el camino a la desmesura” (p. 14).

Para esclarecer todo ese complejo presente, Todorov ilustra la cuestión recordando algunos episodios del pasado. En particular, en el segundo capítulo se detiene en la disputa teológica entre Pelagio (circa 354) y San Agustín (354-430), poco después de que Teodosio (347-395), a principios del siglo cuarto, hiciese del cristianismo la religión oficial del Imperio romano. Todorov ofrece una explicación tan ecléctica y moderada sobre la controversia que, a lo largo de las abundantes páginas dedicadas a su presentación, uno no sabe si defiende al primero, dada la pormenorizada atención que le presta, o prefiere a su santo contraparte, de quien se ocupa con menos detalle. Sucintamente Pelagio, quien procede de las islas británicas y llega a Roma hacia el año 380 d. C.,

propone que los ricos romanos abandonen sus disolutas costumbres y obren atendiendo a su salvación, que renuncien a los placeres de la carne y que repartan sus riquezas entre los pobres. Entiende que el destino de cada uno está en sus manos y que ellos son los responsables de todas sus debilidades. Conocedor de la obra de San Agustín, particularmente de sus *Confesiones*, el británico se muestra muy contrariado porque el sacerdote no confía en sus propias fuerzas y prefiere abandonarse a la voluntad de Dios. Para Pelagio, después de una minuciosa explicación en la que, entre otros textos bíblicos, apela al *Génesis* (1: 27) y al *Eclesiastés* (15:14), entiende que, si la voluntad divina no conoce límites, la voluntad humana puede superar todos los obstáculos.

De ese modo, en lo que respecta a la gestión de su vida, el ser humano dispone de capacidades comparables a las de Dios, será el creador de su ser. Solo depende de él, y todo es culpa suya. Toda esa doctrina, esquemáticamente resumida, da lugar al pelagianismo, al que Agustín de Hipona se opondrá, sobre todo en los últimos años de su vida. Para este último, el ser que somos puede elegir lo que quiere, pero no elegimos nuestro ser, no somos una creación de nuestra voluntad. Y el intento de dominar todas nuestras pulsiones inconscientes, de superar definitivamente la impotencia humana, lleva al pecado original, de acuerdo con la exposición de Todorov. Ningún hombre puede liberarse por sí solo, aunque la salvación es posible; el primer paso consiste en abrazar la religión cristiana, pues Jesús nos redime con su muerte en la cruz. El paso siguiente consiste en someter nuestra conducta a los preceptos de la Iglesia.

En los debates de la época, como es fácil adivinar, la argumentación de San Agustín vence a la de Pelagio, cuyas ideas son declaradas heréticas en el año 418. La heteronomía, o sumisión a la ley externa, vence a la autonomía, la ley que nos damos nosotros mismos.

Posteriormente, nuestro “historiador de las ideas”<sup>1</sup> destaca algunos señeros nombres que, a su manera, continúan el debate iniciado por el doctor de la Iglesia y Pelagio. Entre otros, entiende que para Marthin Luther (1483-1546) es inconcebible que el hombre pueda asegurarse la salvación por sus propios esfuerzos, y por esta razón combatirá a los jansenistas. Según Blaise Pascal (1623-1662), el ser humano afirma el Dios al que hace hablar: “[Q]uise ser el centro de sí mismo, independiente de mi ayuda. Se ha zafado de mi dominio, y como se ha igualado a mí por el deseo de encontrar su felicidad en sí mismo, lo he abandonado a su suerte” (p. 29). Siguiendo diversas posiciones en el debate el profesor Todorov cita a otros muchos humanistas, como Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494), Erasmo de Rotterdam (1466-1536) o René Descartes (1596-1650), situándolos en la controversia, hasta llegar a la Ilustración. De esta época destaca a Denis Diderot (1713-1784), Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) o François Marie Arouet Voltaire (1694-1778), entre otros.

De manos de Charles Louis de Secondat Montesquieu (1689-1755), refiere que: “Desde siempre hemos visto que todo hombre con poder tiende a abusar de él”.

Esta tentación omnipresente, asegura Todorov, no pesa menos que el pecado original, y además está vinculada a él, porque también se trata del peligro de confiar ilimitadamente en las propias capacidades. Al hilo de la exposición explica que “la labor de la política es reconciliar los intereses divergentes de los diferentes elementos sociales proponiendo a unos y a otros compromisos razonables” (p. 32), lo que constituye una magnífica propuesta, más ahora que la política, ¿como la democracia?, tiene tantos problemas.

Para el pensamiento ilustrado quedará descartado todo sueño de perfección a la manera de Pelagio. Tanto Montesquieu como Rousseau, señala Todorov, condenan el despotismo, siendo para el primero, el principio opuesto la moderación, el equilibrio de poderes, no el reino de la virtud. No se trata de negar el impulso de decidir libremente sobre la conducta, sino de indicar que siempre está limitado, y que ese límite debe respetarse. En conclusión, según relata nuestro autor, los ilustrados:

Optan por una vía intermedia que rechaza tanto el fatalismo conservador como el sueño del dominio total. El humanismo propiamente posee ambas características, participa simultáneamente del voluntarismo y de la moderación. Lo mejor es posible, pero el bien está fuera de nuestro alcance (p. 33).

Toda esta parte constituye lo que podría denominarse el marco teórico de la obra. A partir de aquí empiezan, por así

---

<sup>1</sup> Así es como él mismo se presenta (p. 14).

decir, los estudios de caso sobre la teoría propuesta; esto es, el análisis de las ocasiones en las que la desmesura pelagiana —el genérico peligro— conduce a que la democracia se vea atenazada por alguno de sus enemigos.

Siguiendo el orden cronológico, el primer enemigo es quien pretende trasladar a todo el mundo, llevado de su afán mesiánico, las ilustradas ideas que ha alumbrado la revolución francesa, pero por la fuerza. Será la primera oleada de mesianismo, siendo Napoleón I Bonaparte (1769-1821) el artífice material con las guerras revolucionarias y coloniales, pero en su devenir le acompañan reputados pensadores que ya antes alientan el terror y la guillotina, entre los que Todorov señala a Nicolas Condorcet (1743-1794) y a Louis Antonie Léon Saint-Just (1767-1794) (pp. 37ss.). “El mesianismo político —un mesianismo sin mesías— tiene un objetivo final propio (fundar el equivalente del paraíso en la tierra)” (p. 38). El proyecto comunista, siguiendo a Todorov, constituye la segunda oleada mesiánica, citando entre otros muchos a los “dos alemanes que viven fuera de su país, Karl Marx y Friederich Engels, [como los] auténticos fundadores del comunismo” (p. 43).

La *hybris* reaparece ligada a la imposición de la democracia con bombas, en la tercera oleada que lleva a las guerras de Kosovo, de Irak, a las torturas de Abú Gaib<sup>2</sup> o a la guerra de Afganistán. También la guerra de Libia se menciona en el libro como caso en el que se dilucida “la política frente a la moral y la justicia”, que es

como se denomina el sub-apartado con el que se cierra el tercer capítulo, mucho más cercano a nuestro presente.

El cuarto y quinto capítulos están dedicados a poner de manifiesto las causas y “los efectos del neoliberalismo”. El autor pondrá énfasis en mostrar cómo, entre otras razones, la hipertrofia en la defensa del individuo en contra del papel del Estado conduce a que se produzca su “tiranía”:

Según la nueva vulgata, el Estado sólo debe intervenir para favorecer el libre funcionamiento de la competencia, engrasar los engranajes de un reloj natural (el mercado), allanar los conflictos sociales y mantener el orden público. Su papel consistiría no en limitar, sino en facilitar el poder económico (p. 97).

Entre “los efectos del neoliberalismo” aparece, desde el accidente nuclear de Fukushima en marzo de 2011, hasta el abandono de la práctica de legislar, sustituida, según explica, por los contratos entre partes por lo general desiguales. También las técnicas de management, el toyotismo, la gobernanza e incluso el poder de los medios de comunicación, son analizados con envidia.

En el capítulo seis se adentra en el análisis del “Populismo y la xenofobia”, exponiendo las situaciones sobre todo de Alemania, Gran Bretaña y Francia. Termina con un capítulo dedicado a explorar “El futuro de la democracia”, en el que, junto a otros hallazgos, expone: “Aunque todo individuo sea impotente ante la enormidad

---

<sup>2</sup> Para el autor: “Un Estado que legaliza la tortura deja de ser una democracia” (p. 57).

de los desafíos, no deja de ser cierto que la historia no obedece a leyes inmutables, que la Providencia no decide nuestro destino y que el futuro depende de las voluntades humanas” (p. 194). Como la del lec-

tor al que amablemente también se le invita a seguir profundizando en la obra del autor<sup>3</sup>.

JAIME FERRI DURÁ

---

<sup>3</sup> Quien, en castellano, también dispone de otros sugerentes títulos: *Elogio del individuo* (2006), *Los aventureros del absoluto* (2007), *El espíritu de la ilustración* (2008), *La literatura en peligro* (2009), *La experiencia totalitaria* (2010), *Vivir solos juntos* (2011) y *Goya a la sombra de las Luces* (2011).